

El “mito médico” en el siglo xx

Por Kostas AXELOS

Bien y Mal son Uno. Los médicos que cortan y queman por todas partes a los enfermos, atormentándolos cruelmente, todavía les piden honorarios, lo que no merecen puesto que operan el bien y el mal. (*Heráclito el Oscuro*, fragmento 58)

El hombre está constituido por el lenguaje y el pensamiento, vive en el universo de la naturaleza, es hombre, se sitúa en la historia y puede expresar por el arte y la técnica las fuerzas que lo subyugan y que trata de dominar. En la Antigüedad griega, todas esas fuerzas emergían del centro mismo de la totalidad del mundo; coexistían más o menos armoniosamente y la filosofía era su más alta expresión. La tragedia estaba ahí para expresar todas las dramáticas rupturas del equilibrio y obtenía su resultado catártico de la expresión de ese equilibrio-desequilibrio. Los mitos helénicos expresan de la misma manera el sentido de la totalidad de todo lo que es: Prometeo es un titán que roba el fuego cósmico y divino para transformar la historia de los hombres; abatido por el rayo de Zeus, encuentra a un médico (Chirón), que remedia sus dolencias. Prometeo se convierte en el héroe —oscuro y luminoso— de la gran tragedia. La trascendencia divina está garantizada en esta época; más aún, se vincula al mundo en devenir.

La Edad Media cristiana intentó amparar la trascendencia poniéndola al servicio de su teocentrismo. La “triste teología” —como la llamará Fausto, el hombre moderno— sucede en todos los planos a la filosofía trágica. El Renacimiento ostenta el más rico muestrario de las posibilidades humanas y funda una pluralidad de actitudes posibles y eficaces: la actitud teológica y eclesiástica, la actitud pictórica, poética, novelesca y dramática, la actitud cosmológica, humanista y filológica, médica, política y filosófica. Todas estas actitudes fueron elaboradas por grandes fundadores: Nicolás de Cusa, Lutero y Calvino, Leonardo, Miguel Ángel, Durero y Holbein, Villon, Cervantes, y Shakespeare, Copérnico, Erasmo, Paracelso, Maquiavelo, Giordano Bruno, Rabelais, Montaigne, Jacob Boehme. Los “mitos” dominantes expresan la voluntad de reformar la imagen del mundo y crear el tipo de un hombre nuevo, promotor de una política realista y humanista. De esta manera aparece todo lo que hace posible el prestigioso desarrollo de la técnica.

Los siglos xvii y xviii empobrecen (tal vez) esta potencialidad, edifican la ciencia moderna y racionalista y gravitan sobre todo en torno de las matemáticas y la física. Al decir esto, no hacemos sino otorgar privilegio a su centro privilegiado.

Sin embargo, en el transcurso del siglo xix, otra concepción fundamental extiende su influencia exigente. Formulada y realizada por metafísicos (Hegel), burgueses (Comte) o revolucionarios (Marx), esta nueva concepción es a la vez científica y ética. Como teoría de la ciencia, proclama a la historia y a la sociología últimas ciencias y, ya que últimas, primeras; su esquema clasificador es vigoroso: hay un camino que conduce de las matemáticas a la física, de ésta a la biología y de la biología a la sociología. Como ética, esta concepción sitúa al hombre en el corazón de la Historia y considera la acción histórica (y política) la más válida.

Naturalmente, la tragedia existe desde el amanecer de la humanidad: la aurora del pensamiento activo de los hombres constituye su primer acto. Pero la tragedia puede tomar formas diferentes: si es cósmica en Grecia y divina en la Edad Media, se convierte en histórica en el siglo xix. Comte proclama la aparición de la era positivista, Hegel la realización de la razón en la historia, Marx ilumina al proletariado en su lucha por la completa y total transformación socialista de la historia humana. La Historia es lo universal reunido y, por consecuencia, la historia se convierte en la ciencia por excelencia; la acción histórica constituye así el verdadero núcleo de toda actividad ética. Subrayamos un aspecto dominante del siglo xix —su preferencia por la historia—, su aspecto más profundamente histórico. Los tradicionalistas franceses y los positivistas y liberales ingleses, los socialistas utópicos y los socialistas anárquicos nos hacen comprender de idéntica manera, con algunas variaciones, la misma melodía. Felizmente, están los otros.

Por ser polifónica, la historia provoca continuamente nuevas voces. Y aparecen los precursores: Kierkegaard y Nietzsche. El primero escribe: “Aun si un hombre se niega a seguir a donde uno se esfuerza por conducirlo, puede hacerse algo por él: obligarlo a que esté atento.” Se vincula, encarnizadamente,

a la existencia individual, escudriña el concepto de la angustia, vive las alternativas y las paradojas, estudia la enfermedad mortal (la desesperación); se ofrece como una excepción. Nietzsche, desplegando un pensamiento más amplio, profundo y profético, combate con ardor las ideas dominantes de su siglo y sucumbe a veces en su lucha puesto que, para combatir, hay que estar contaminado por el virus. A los hombres de su siglo, colmados de voluntad y fuerza, opone el superhombre, seguro de su voluntad de fuerza y que sabe aceptar el eterno retorno de lo mismo. Pero al negar a su época, se niega a sí mismo y sólo cumple su destino en la locura. El rodeo se halla claramente señalado por estas dos existencias humanas, demasiado humanas: el hombre está en peligro y la historia oculta una falla; Dios no habla ya a los hombres que lo han asesinado.

Sin embargo, la historia es devenir que debe desarrollar hasta el límite sus propias consecuencias. La era positivista se ha vuelto la trivial realidad del siglo xx, pero no se ha instaurado el reino de la Razón ni se ha efectuado la completa y total transformación socialista de la historia. Si en el transcurso del siglo xix se continúa la tentativa de fundar la sociedad gracias a la superación del individuo, el siglo xx presta oídos a las voces de los precursores. Y los hombres de nuestro siglo se dan cuenta de que la simple generalización colectivista no constituye la única vía de la historia universal. En verdad, la historia trata de volverse universal. El hombre ha arrancado a la naturaleza todo aquello que consideraba sus secretos y los hombres se han constituido, en forma segura, en sociedad. Aparece entonces la pregunta: ¿por qué?, ¿hacia dónde?

Vemos así que el esquema de la evolución de las ciencias que conduce de las matemáticas y la física a la biología es, por lo menos simbólicamente, verdadero, lo que parece cierto a algunos grandes espíritus del siglo xx. Entregarse a una ciencia magnífica, tomar una actitud en el mundo y frente al mundo, trazar y trazarse una perspectiva. La importancia de la ciencia de la historia en el siglo xix significa la voluntad de la edificación de la Historia; es decir, la transformación de la condición histórica de la humanidad. El “mito” dominante es el de la transformación masiva, ya que los cambios cuantitativos están encargados de conducirnos a cambios cualitativos. El mito de la superación de la enajenación humana se convierte en la idea-fuerza que puede delimitar el terreno de su acción del terreno de la reacción.

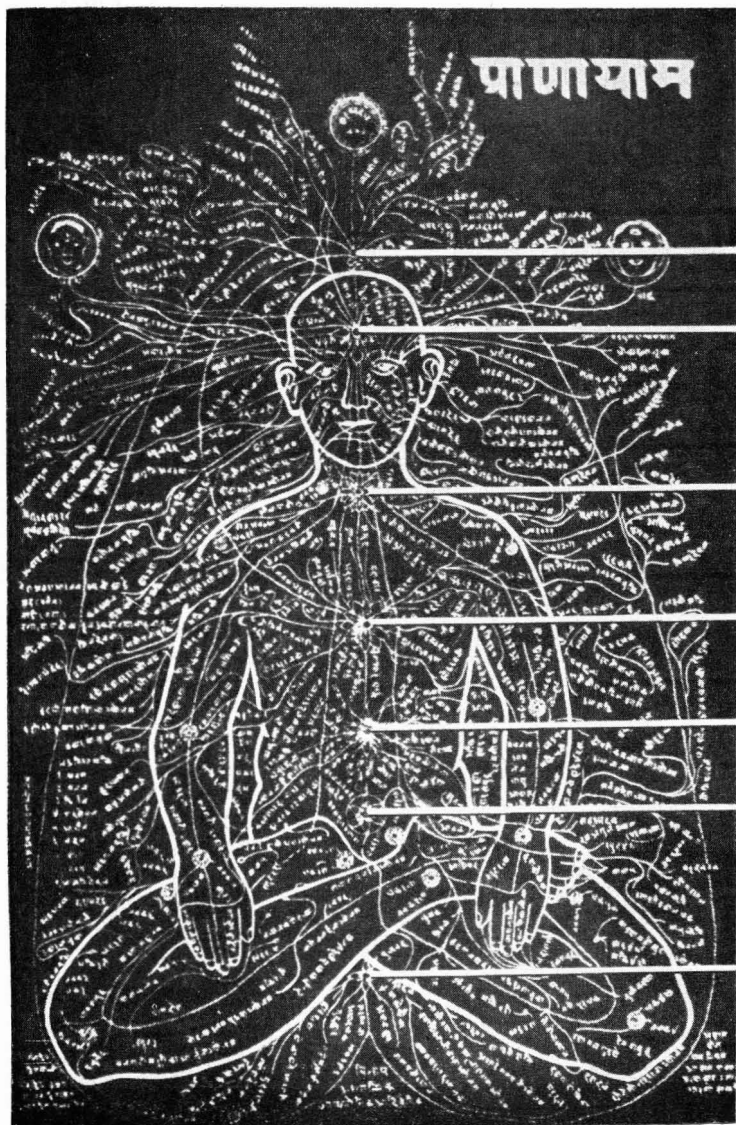
Las primeras décadas del siglo xx ahogan al hombre, y el animal político comienza a sufrir menos por su enajenación histórica que por su enajenación psicológica, léase psicopatológica. En el mismo momento en que los hombres esperaban gobernar al fin su historia, esta historia los supera cada vez más y empiezan a sentir la dificultad de gobernarse a sí mismos. La crisis histórica —también completa y total— actualiza la crisis de la personalidad humana. A medida que el hombre extiende su poder sobre la naturaleza, en el instante en que el mito prometeico y fáustico se realiza, el hombre está en dificultades con su propia naturaleza, tan bestial como angélica. Y todo se pone en tela de juicio.

Desde el siglo xviii, una cierta capa de la conciencia humana (casi en avance, casi en retroceso) había forjado algunos símbolos populares, creado los esbozos de un mito profano. *Frankenstein*, llamado a la vida por Anne-Mary Shelley, lleva como subtítulo *El Prometeo moderno*. El doctor Frankenstein crea a su imagen, y a imagen de su dios, al monstruo Frankenstein que supera la voluntad de su amo. El monstruoso desarrollo de la técnica científica sitúa lo monstruoso dentro del corazón mismo del ser humano. Stevenson revive la dualidad maniquea del bien y del mal: el Doctor Jekyll y Mister Hyde son un solo personaje, “trágicamente” desdoblado. El sueño del ser humano que, frustrado del Ser, quiere ser a la vez él mismo y otro, continúa su camino. Wells desea descubrir al “hombre invisible”, pero aun este hombre comprende sus propias dificultades que lo conducen a su perdición.

El cuerpo, el alma y su mutua relación, las reglas que conciernen a lo normal y lo patológico, la personalidad del hombre y su despersonalización, la adaptación del ser humano al mundo que no es, necesariamente, el mundo ni su mundo, se convierten en los problemas centrales. La conciencia que se expresa en la novela semicientífica, semipopular, se apodera de algunos hechos nuevos y refleja de la misma forma —aunque

de manera profundamente laica— ese interés sagrado por la enfermedad profana. En un mundo en que la voz de la divinidad ya no se hace escuchar, la voluntad humana de poderío humano intenta transgredir todos los límites y no se detiene sino ante su propio fracaso, después de haber llevado hasta lo último sus propias posibilidades. En el mundo del éxito, el “fracaso” es altamente significativo.

Al agotar la unidad de la teoría (filosófica o científica) y de la práctica (técnica y transformadora), comprendemos mejor las nuevas ciencias y técnicas que se manifiestan ante nuestros ojos. La biología y la fisiología, la psicología y la medicina fascinan a las inteligencias hoy como nunca. Parece entonces como si no se hubiera efectuado el logro del esquema evolucionista. La historia y la sociología no han sido las últimas ciencias. ¿Puede decirse que la historia las ha traicionado? En plena época de socialización general, la subjetividad sufriente reivindica sus derechos y el interés psicológico aumenta cons-



“El hombre es lo único que permanece respecto a la escala humana”

tante y desmesuradamente. El hombre sujeto del devenir comienza a darse cuenta otra vez que está también *sujeto* a ese devenir. Así, el hombre del siglo xx —que, en cierta manera, es el siglo del hombre en busca de su ser— observa su propio ser y el de sus semejantes. A esto corresponde toda la efervescencia de las ciencias biológicas, psicológicas y médicas.

Los grandes filósofos clásicos del Occidente (Platón y Aristóteles, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel) intentan comprender, por su propio pensamiento, el saber total demostrando sus límites. El hombre y la historia no se hallan ausentes de sus obras, pero no son privilegiados. A partir del siglo XIX, los pensadores más radicales intentan fundar su filosofía en el devenir de la historia humana, mientras que sus pequeños discípulos sucumben en su historicismo y un sociologismo positivista y plano. En el transcurso del siglo XIX, la Historia y las ciencias históricas se convierten en el centro polarizador. Por el contrario, el siglo XX se dedicará con pasión al hombre desarraigado y a la antropología. La renovación de la investigación filosófica de nuestro siglo proviene de pensadores que se relacionan con Kierkegaard y Nietzsche por una parte y, por otra, con una lógica que “superando” la lógica formal, trascendental o dialéctica, desea agotar la esencia (el *logos*) de

aquello que se manifiesta (el *fenómeno*) y educar al sujeto a dirigirse intencionalmente hacia el verdadero objetivo real. Pensamos en Husserl, Heidegger, Jaspers, Sartre. La fenomenología, la ontología fundamental y la filosofía de la existencia se relacionan con el hombre y desean arraigarse en él a fin de expresar su desarraigo. Aun las investigaciones ontológicas más anti-psicológicas tropiezan en nuestros días con el obstáculo del ser que es el ser humano. El pensamiento de Heidegger, esforzándose en proponer el problema del ser en tanto que ser diferente de todo lo que es, bordeando la superación de la filosofía y de la metafísica que, necesariamente, olvidan el ser en provecho de la idea, de Dios, del sujeto o de la voluntad de fuerza, no se deja reducir a una cierta filosofía de la existencia o a una antropología. Al intentar abrir un nuevo horizonte, en el interior del cual se develaría el sentido del ser al que se revela el Ser, es decir el ser humano, este pensamiento concierne y afecta esencialmente al hombre, al hombre mortalmente herido por este olvido del ser. No tenemos que decir que las investigaciones antropológicas se dedican, con alegría, a la exploración de la subjetividad humana. A las investigaciones teóricas corresponden las actividades prácticas. ¿No resulta sorprendente que en el interior de este universo humano —demasiado humano— veamos que la medicina extiende su dominio, lista a convertirse en un “cuarto poder”?

Al estudiar lo que es la vida, la biología hace que el hombre se interese sobre todo en su propia vida y, por tanto, en su propia muerte. Al cruzar el misterio del nacimiento de esta vida humana, otorga libre cauce a toda la curiosidad infantil angustiada por el problema de la concepción. En seguida, interviene para transformar el cuerpo humano y crea todas las ilusiones, legítimas o no, de una intervención absoluta en el curso de la vida humana. Al médico práctico (auxiliar de la naturaleza) sucede el médico-biólogo (amo de la naturaleza). ¿Acaso el tema médico no ha alimentado siempre los sueños estimulantes de los adolescentes? Los mitos de Fausto y de Frankenstein, del Doctor Jekyll y del Hombre Invisible poseen un fundamento médico. En la actualidad, el hombre desea extender su fuerza vital y transformar su propio cuerpo, que no corresponde ya a la imagen de su deseo. Por eso, lucha cada vez más contra la muerte. La esperanza de la inmortalidad, el deseo de eternidad estimulan estos esfuerzos científicos que reviven, con un apoyo racionalista, toda la magia mitológica. Los problemas de la concepción y del nacimiento, de la herencia y la sexualidad, de la enfermedad y la muerte forman uno de los círculos de las actividades —y de los ocios— del hombre y le sugieren su mito médico: poder ilimitado del hombre sobre su cuerpo, victoria sobre su muerte, exigencia que el médico se convierta en el dios que creará al hombre. Darwin, Lamarck y Mendel, Mitchurin, Lysenko y Bogomoletz son voces útiles o inútiles, según el “punto de vista”, a las que se obliga a decir más de lo que pueden, efectivamente, decir. Los tratados sobre la vida y las experiencias biológicas se suceden irresistiblemente, olvidando con frecuencia interrogarse acerca de su propio fundamento.

De lo simplemente corpóreo —o lo que se pretende como tal— pasamos a la psicología a través de la psicofisiología. La psicología abandona la superficie de la vida física para escudriñar sus profundidades. A Kierkegaard y Nietzsche, a los filósofos de la existencia, corresponde Freud. Nuevos secretos son descubiertos —o creados— y desean ser conocidos. El devenir humano subterráneo asusta y atrae. Al reino de la conciencia del *ego cogito* se opone el reino del inconsciente —pero este inconsciente es comprendido también de una manera racionalista y estrecha: la época de la subjetividad no se deja superar tan fácilmente.

Todos los análisis psicológicos, ortodoxos y heréticos, demuestran que algo huele a podrido en el reino de Dinamarca. Esto lo decimos en dos sentidos: mientras el reino entero no se conduzca correctamente, los habitantes se hallan desamparados; sin embargo, estos dos sentidos no permiten con frecuencia dos vías y el camino de los hombres permanece sin salida. Los análisis psicológicos constituyen menos una moda que un modo de conocimiento intelectual y afectivo y de posible curación. El médico de familia ha sido sustituido ahora por el psicoanalista. Todos experimentan lo anormal y desean combatirlo, todo el mundo quiere ser como “todo el mundo” en el interior de un mundo más que fragmentario, más que problemático. Una dialéctica implacable identifica el amor con la muerte, la angustia con el destino, el individuo particular con la historia universal, el ser humano con el Ser de la totalidad.

La psicoterapia —o la psiquiatría— se vuelven de esta manera una figura legendaria, capaz de iluminar lo más oscuro, capaz de volver a educar y de reestructurar una personalidad

despersonalizada o en vías de desintegración. La intervención psicológica asombra y alarma a los pacientes. El hombre en dificultades con su cuerpo o con su alma solicita la ayuda de quien todo lo remedia y le pide más de lo que éste puede dar. El paciente no comienza a asustarse —algunas veces— sino hasta el momento del paso de la peligrosa frontera, cuando se ha alcanzado el trasfondo de su ser en dificultad de ser. Debemos comprender bien el doble movimiento que aleja y atrae, simultánea o sucesivamente, al hombre hacia la intervención médica: instintos de vida y muerte, temor y deseo, soledad y sociabilidad están en juego; vivimos bajo el signo de la ambivalencia y hasta de la ambigüedad. Las intervenciones psicoquirúrgicas, sobre todo, son especialmente deseadas y rechazadas por el mismo sujeto que tiende a devenir objeto. Continuamos solicitando del médico —del cuerpo y del alma— la resolución de las dificultades que tenemos con nuestro propio cuerpo (el *soma*) y con nuestra alma (la *psiqué*) que sufren. Los seres humanos, enajenados de sus cuerpos sin estar enajenados de su alma, exigen los auxilios que se imponen a los otros.

Llegamos así a una tercera etapa que une biología y psicofisiología, psicología y medicina: la medicina psicosomática. Esta medicina pretende remediar sintéticamente las dificultades que provienen de los dos "dominios". El cuerpo y el alma no son considerados ya como dos entidades separadas. Al dualismo del alma y del cuerpo sucede la teoría de un campo unitario, con manifestaciones corporales y manifestaciones psíquicas. La medicina psicosomática presume, de la misma manera, ser práctica unitaria y técnica global sin haber esclarecido, aún, sus propios conceptos.

Pero la operación recuerda al hombre su unión con el mundo de los otros hombres; aparecen los problemas de hecho y de derecho. Al "mito" de la casi total intervención en el dominio de lo corpóreo corresponde su necesaria consecuencia: el deseo del poder total sobre los otros hombres. La leyenda de un médico universal y milagroso capaz de remediar toda desintegración del psiquismo humano se halla en camino del triunfo de la popularidad. Esta leyenda está sostenida por un número cada vez mayor de individuos; estos individuos, abandonados (o enajenados) por la historia, la abandonan a su vez, y, convertidos en extranjeros de su propio ser, se refugian en la enfermedad (o la enajenación).

Los estudios sobre la vida, la bio-logía, y los trabajos sobre el alma, la psico-logía, pretenden esclarecer y decir todo. La medicina pretende remediar todo. De esta manera, llegamos a imaginar sueros de la verdad, capaces de hacernos hablar en el sentido que otros quieren imponernos; como si se tratara simplemente de hablar cuando se trata de decir. El aprendiz de brujo de nuestros días toma múltiples formas: la máquina (y la maquinaria en general), el cuerpo humano y el inconsciente. El Todo sigue siendo fragmentario.

Estamos sorprendidos del interés que una época construida hacia el exterior muestra por el interior. Nuestra época abierta hacia la exteriorización, lo colectivo, lo cuantitativo, lo material, posee también una preocupación principal: la interioridad, lo puramente individual, lo cualitativo, lo psíquico. La ruptura del equilibrio entre el hombre particular y la historia universal —y la conciencia infeliz y la sensación dolorosa de esta ruptura entre el hombre histórico y la historia humana— alimenta esta búsqueda y esta especulación (en todos los sentidos del término) antropológica. Búsqueda que, en manos torpes, se convierte en un psicologismo estrecho y burdo. La antítesis es doble: de un lado, nuestra civilización cultural, cada vez más tecnoburocrática, desarrolla sus propias tendencias esquizoides; de otro, los hombres de esta civilización y esta cultura se convierten cada vez más en máquinas, sufriendo y manifestando sus dolencias. Los temas del médico y los enfermos se encierran en dos círculos concéntricos. Médicos y enfermos expresan la misma situación y se confunden. Su relación es estrecha aunque ésta los supere. El enfermo corre hacia el médico y el médico, al inclinarse sobre el enfermo, se inclina sobre sí mismo; el movimiento de la enfermedad conduce así a las puertas de la medicina y los médicos experimentan también, a su manera, la enfermedad.

El devenir histórico predomina naturalmente por todas partes y siempre, ofreciendo al hombre la apariencia digna de su naturaleza. En ciertos periodos, predomina la historia, la historia en tanto que ciencia, método y doctrina, en tanto que "punto de vista sobre el mundo", en tanto que cauce privilegiado de las actividades humanas. Un periodo tal es por ejemplo ese aspecto del siglo XIX a que nos hemos referido. Vemos entonces las transformaciones y, justamente porque el tiempo es el nervio de la historia, no tenemos tiempo de enterarnos respecto al irreductible drama humano. Es la época en que el exterior quiere coincidir con el interior, o más bien en que los

dos son tomados como dialécticamente idénticos. El camino de Fausto nos ofrece un grandioso ejemplo de este avance y retroceso. "Lo que es exterior es interior, lo que es interior es exterior", decía Goethe de una manera muy heraclitiana. Este clima no caracteriza sólo al siglo XIX: es una atmósfera en la que se baña la existencia humana durante ciertos tiempos y en algunos sitios.

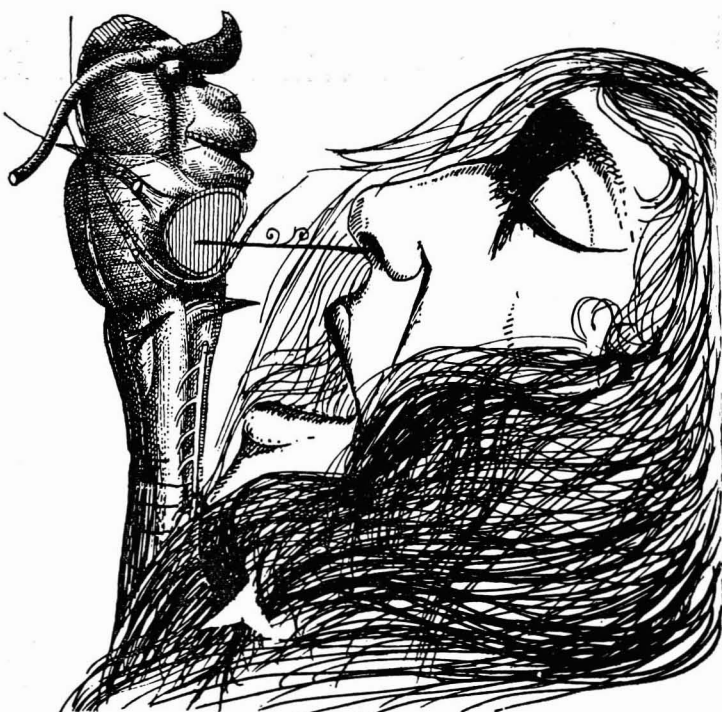
¿Qué sucede ahora? La Unión Soviética y sus funcionarios condenan la "psicología"; la medicina y la biología tienen como tarea ayudar al medio social en sus trabajos socializadores. El remedio a todos los males es de orden colectivo y la colectividad está encargada de resolver todos los problemas individuales.

En el extremo opuesto se sitúan los Estados Unidos. Su historia es, en el máximo de lo posible, apersonal. Dirigen sus esfuerzos hacia la edificación de la historia, simplemente. Pero su material humano se muestra muy inhibido; por eso, movilizan toda la ciencia y la terapéutica biológica y psicológica a fin de sacudir y socorrer a sus ciudadanos. La historia está enferma, ¿y el cuerpo, y el alma? Entonces el médico ejerce su función social para remediar los trastornos de funcionamiento, el psiquiatra se transforma en sociatra y la revolución socialista en neurosis de reivindicación y en síndrome de persecución. A la gran trilogía trágica —la comedia divina, histórica y humana— suceden ahora el psicodrama y el sociodrama. Los miembros del cuerpo social sólo tienen que adaptarse. Novela y prensa, revistas y cine son utilizados para "lanzar" al personaje que cura el drama, el tipo que remedia los sufrimientos físicos y morales.

La vieja Europa titubea. Vive una historia que no es del todo su historia, quisiera encontrar una solución histórica a su problema, pero sólo se da cuenta, progresivamente, de su no-progresión; se parece al tronco del árbol superado por sus dos ramas poderosas (Unión Soviética y los Estados Unidos) que sólo puede comunicarse con las raíces. El proletariado europeo mira hacia la Rusia Soviética tratando de ver, y la ex burguesía guiña el ojo a la Norteamérica capitalista, sin verla del todo. A la disolución de las estructuras social e histórica corresponde la de los individuos. Por regla general y en la medida en que las reglas generales, siendo demasiado racionalmente generales, son falsas, los europeos se separan de la historia y son atraídos por la psicología; pero los viejos amores no se olvidan tan fácilmente.

El hombre de la calle y el filósofo de la esquina intentan auscultar en sí mismos y en los otros lo normal y lo patológico. Cada quien desea detectar los movimientos de su propia subjetividad. Puesto que la sociedad no consigue satisfacerlos, que los mitos no pueden encantarlos ya que lo simple se ha vuelto inexistente, se llama al médico para solicitarle la salud del alma y la curación del cuerpo, se llama al psicólogo para que analice el complejo. Cada vez se pide más de estos personajes y estos personajes piden cada vez más a su ciencia, puesto que nadie tiene el valor de pedirse a sí mismo.

Comenzamos, pues, a romper los cuadros demasiado esquemáticos de los periodos históricos que se suceden uno a otro y en el que ninguno posee una característica aparentemente central. El siglo XIX no es únicamente histórico y el XX no



"Auscultar en sí mismos y en otros lo normal y patológico"

es sólo antropológico. En plena mitad de nuestro siglo, constatamos que los rusos se dirigen a la historia y son dirigidos por ella; constatamos que los norteamericanos, después de haber erigido a sus psicólogos y sus médicos, desean que éstos los vuelvan a erigir a su vez. En fin, constatamos al oeste de Europa la coexistencia de estas dos perspectivas. ¿Podemos elaborar el esquema de un cuadro? En el interior de este cuadro veríamos una enorme porción de la historia contemporánea, frustrada por la historia, dirigirse a quienes remedian los males subjetivos y comenzar a erigir su "mito médico" en pleno centro del siglo xx. Se ha opuesto al comisario (bárbaro) operante del exterior, el yogui (refinado) operante del interior. Podría proporcionarse una llave que abriera todas las cerraduras. Siguiendo este paralelismo, las líneas de separación serían las siguientes: bloque oriental: comisario, masa, cuantitativo, culto del medio o de su representante verdaderamente autorizado, exterioridad; bloque occidental: yogui, individuo irreductible, cualitativo, herencia y tradición, interioridad. Pero esta regla única para la distribución de cartas es tan unívoca que acaba por confundirlas; entonces podemos preguntarnos, sinceramente, si esas "paralelas" no se encuentran. A fin de cuentas y en penúltimo análisis, los funcionarios soviéticos dan prueba de una ciencia psicológica verdaderamente aplicada y eficaz, que ha conseguido sacudir la existencia de sus camaradas; el yo de los yoguis occidentales cae bajo los golpes de un super-ego que, lejos de representar la interioridad, ofrece todos los caracteres de la exterioridad.

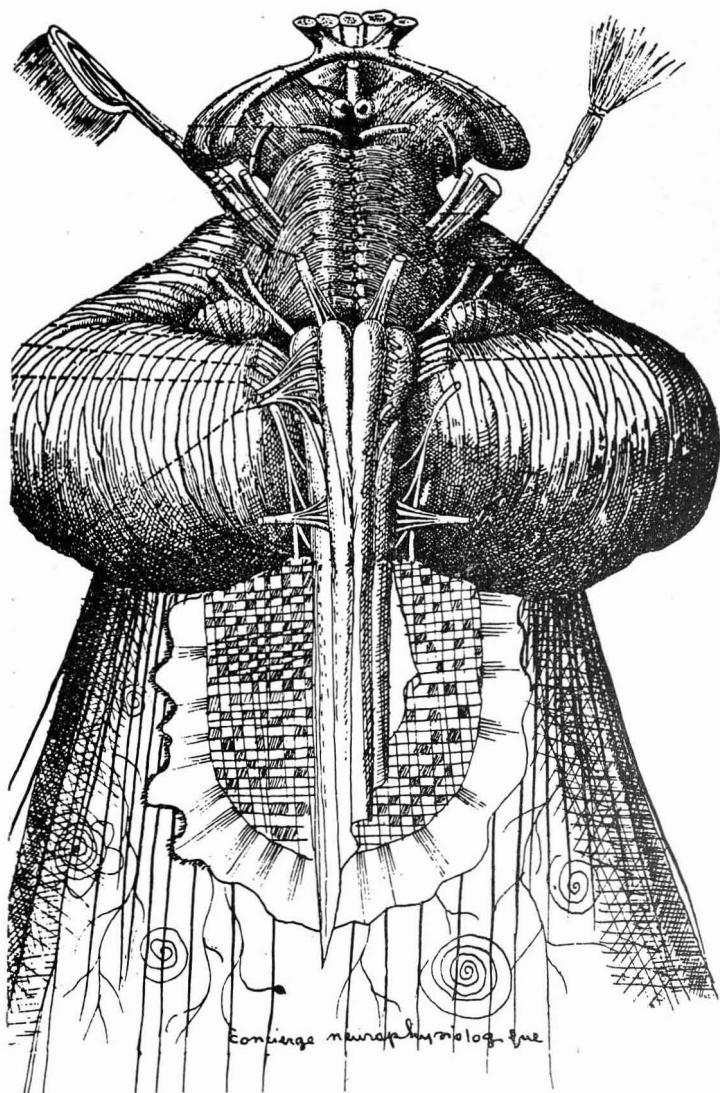
Cierto es que los no-soviéticos son quienes erigen el "mito médico" y quienes hablan de él. Los otros emplean la medicina y la psicología sin hablar mucho. Consideramos, pues, el enorme crecimiento de tal mito como un producto de la civilización y de la cultura en las que —y por las que— intentamos ver la vida. El ajustar por lo interior todo lo que no está bien es una vieja melodía. La psicoterapia se practicaba ya en tiempos de la medicina de Esculapio y, en sus santuarios, las técnicas del *shock* no dejaban de hacerse con frecuencia. Los verdaderos yoguis sólo miran a su interior y a ellos, por lo menos en cierta forma, desean parecerse los psicoanalistas. Pero los ejercicios espirituales del jesuita Ignacio de Loyola, sin dejar de dirigirse al alma, entrañaban otros ejercicios exteriores.

Subrayar ahora ciertos hechos es una trivialidad soberana: que la técnica humana tiende a sojuzgar la naturaleza macro y micro física; que la realidad histórica constituye una maraña de inextricables relaciones y en las que el hombre se encuentra en su sitio aunque sienta que se halla fuera de lugar. Los viejos temas conquistadores persisten: la ciencia de la naturaleza se apropia cada vez más de la naturaleza y el sueño de los sociólogos parece haberse realizado. Sin embargo, la divinidad se halla ausente en toda su terrible presencia, el devenir de la historia oculta su sentido y el pensamiento único se encuentra muy lejos de constituir un haz de unidad. El Ser oculta más de lo que devela y esta retirada del sentido del ser de la totalidad produce el nihilismo.

El hombre es lo único que permanece respecto a la escala humana. Este hombre dedica todos sus esfuerzos a la biología médica, esperando encontrar en ella el secreto de su conducta. Resulta claro que aquello que podemos, acaso, llamar la descorporalización y la desexualización progresivas de la humanidad se compensa al resultar búsqueda de la corporeidad y la sexualidad; este impulso original se filtra actualmente a través de los prismas biológicos, psicofisiológicos y médicos. La nostalgia de la situación orgiástica se convierte en el "informe Kinsey" y el problema de la frigidez femenina en voluminoso tratado. El hombre, la mujer y el niño son problemas por resolver, preguntas angustiosas.

Ante los ojos de las dos potencias adversarias políticas, las ciencias y las técnicas biológicas deben remediar el problema social. En el Oriente, la negación de la herencia debe ayudar el papel educador del medio, ya que los tomates rojos pueden ser cultivados en el Antártico; del otro lado, las actividades biológicas son puestas al servicio de la cultura occidental. El doctor Britton, profesor de fisiología en la Universidad de Virginia, ha preconizado en una plática pronunciada en Washington en ocasión de la reunión anual de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, la creación, gracias a la inseminación artificial, de una raza de hombres-monos esclavos. Estos hijos de un esperma abstracto y de una hembra de orangután o de gorila constituirían especímenes reducidos a la esclavitud y resolverían el problema de la mano de obra y otros análogos (cf. diario *Combat* del 27 de abril de 1950). Este proyecto enfrenta el *Homunculus* a *La isla del Doctor Moreau* y revive a los *Frankenstein* y los *King Kong*.

Llamamos "mito médico" a ese sueño voluntario que pretende resolver un problema metafísico, espiritual y social —por tanto,



"El hombre contemporáneo desea estar curado, feliz"

un problema que concierne al devenir histórico del ser humano—, por medios que se denominan fisiológicos. La transformación de las condiciones del nacimiento, las diferentes concepciones artificiales de la concepción, la inseminación artificial, la transformación de las condiciones de la muerte, la eutanasia, se integran en este mito racionalista. En la esfera psiquiátrica, idéntica desmesura tiende a manifestarse por el empleo progresivo de las terapéuticas del *shock* y operaciones psiquirúrgicas. En fin, el empleo abusivo de *tests* formales y mecánicos, en psicotecnia y en orientación profesional, constituye igualmente un error de óptica y de perspectiva que debe saltar a los ojos.

Cada época posee múltiples mitos: el mito médico, en su forma biológica y psicológica, es uno de los mitos del siglo xx, que no es del todo un siglo desprovisto de mitos. Lo llamamos *mito* porque expresa el sueño de la potencia total, porque es antinómico, porque refleja tendencias primitivas, porque opera con transposiciones. ¿Es bueno, o es malo? No sabríamos responder dogmáticamente. Hace bien en tanto que promueve investigaciones, ofrece nuevas posibilidades y se integra en la perspectiva del hombre que camina hacia su muerte y desea aliviarse y aliviar a otros de una parte de sus dolencias. Hace mal en tanto que manifiesta una tendencia a transponer los problemas fuera del terreno real, a remediar los males históricos y humanos por medios artificiales y mecánicos, por medios que se convierten en fines. Pero bien y mal son uno y todo lo que es no sabría no ser. El "mito médico" contemporáneo revive, transformándolas y racionalizándolas, las prácticas del yoga y de los fakires, los ensueños de los alquimistas y de Fausto, los productos de la imaginación fecunda de Stevenson y de Wells. Los temas que se manifiestan en el "mito" médico-popular y psicosomático del siglo xx demuestran claramente que la espera del hombre moderno —una de sus esperas, en todo caso— se refiere al complejo funcional biología-psicología-medicina. El hombre contemporáneo desea estar esclarecido, curado, feliz, transformado y mejorado, capaz de vivir en un universo sin salida; quiere desembarazarse de su conciencia infeliz y, de esa manera, controlar el nacimiento y retardar la muerte. Al no orientarse hacia el todo y angustiado por la nada, este hombre buscó lo otro y no lo encuentra sino a medias.



"Los médicos experimentan también la enfermedad"

A la etapa de la conciencia filosófica y antropológica inaugurada por Kierkegaard y Nietzsche —en el momento en que la crisis muestra su terrible rostro desenmascarado—, sucede la tentativa médica y psicoterapéutica. Freud intenta vincular el amor con la muerte y el individuo particular con la cultura que lo forma, insistiendo en el malestar de la civilización. Sin embargo, las estructuras históricas profundas permanecen a sus ojos en la sombra, de la misma manera que permanecía el drama humano concreto ante los ojos de Marx. Estos dos profetas judíos anacrónicos desean mostrar y demostrar aquello que más los afecta: agotan lo que los agota, forjan un prisma, construyen un arma. Aquello que los epígonos denominan estrechez de criterio es, justamente, su genialidad, su originalidad, su radicalidad. Las modernas filosofías de la existencia se refieren al hombre y a la trascendencia de su inmanencia, en el momento en que el hombre —discurriendo y charlando sobre su historicidad— está enajenado de la historia. Sin embargo, la historia se edifica por nosotros todos los días y todo parece entrar en la fase de la universalización.

No faltan, en nuestros días, los ensayos de síntesis, aun los fragmentarios. Al unir fenomenología, ontología fundamental y psicología médica —es decir, Husserl, Heidegger y Freud— se desea fundar el análisis de la realidad humana, el psicoanálisis existencial, el *Daseinanalyse*; pero la empresa se muestra difícil. La biología estudia lo vivo de manera global y sintética y algunos investigadores abren nuevos caminos; sin embargo, aquello que se dejó separar no se deja unir fácilmente. La psicología y la sociología a veces ligan pactos para estudiar en colaboración al hombre histórico y la historia humana haciendo converger las dos perspectivas dominantes: la marxista y la freudiana. Individuo e historia, hombre y cultura, sociedades arcaicas y pueblos civilizadores no están ya separados por muros de agua; algunos psicólogos-sociólogos intentan descubrir nuevos horizontes. A ciencia cierta, nadie sabe hoy lo que es la psicología ni la sociología, ni sus lazos de unión, puesto que la unidad se ha roto y ningún tratado unificador y sintético puede restaurar la unidad original, esa unidad que, sin embargo, se manifiesta aun a través del movimiento diversificador. Así, el fondo del problema permanece intacto porque no concierne solamente al movimiento del pensamiento sino también —y de manera principal— al ser mismo de la verdadera realidad. Todo problema metodológico o epistemológico se remite a la cuestión del fundamento y el significado de lo que *es* y a las cuestiones que conciernen de manera original lo que se manifiesta en tanto que pensamiento, naturaleza, hombre, historia. ¿Lo psíquico y lo individual será lo que esclarezca lo histórico y lo social, o viceversa? ¿Habrá que descubrir una síntesis que aparezca como posible, si no que necesaria, y que posea una base unitaria? ¿Cuál será el nuevo y radical fundamento de esta nueva posesión del ser humano, cuyo devenir es

histórico y cuya naturaleza es un fragmento del ser en devenir de la totalidad?

Sin duda alguna, la medicina posee un ala progresista. Intenta superar el dualismo del alma y del cuerpo, de lo normal y lo patológico, y comienza a tratar al hombre como un todo. Al cesar de referir el todo a lo corpóreo, ha cesado también de querer interpretar todo por la psicología. Pero los lazos enigmáticos y significativos que unen el sufrimiento a la salud, ¿han logrado ser considerados profundamente por ella?, ¿conseguirá la medicina desembarazarse de toda obsesión de una norma que vuelve plano todo lo que pretende normalizar? ¿Podrá no olvidar unir la investigación científica (y su misión terapéutica) en búsqueda de la verdad recordando que el hombre —aun en tanto que totalidad— es un fragmento de la totalidad?

Las interpretaciones y los esfuerzos del paso de lo fragmentario a lo global están a la orden del día y se ofrecen a nuestros ojos. Los ensayos —y los errores— no faltan. Sin embargo, parece difícil trascender de manera efectiva el subjetivismo (racionalista o pseudo-mitológico) sin caer en un detallismo objetivista. Pues el *ego* de la subjetividad, individual o colectivizado, posee como corolario un mundo convertido en objeto y pleno de realidades objetivas y enajenantes. Así, hombre y mundo se convierten en *res* y permanecen sin fundamento.

La tragedia continúa y nosotros —nosotros, los hombres del globo— la actuamos. Sin embargo, falla la razón de ser de los seres y las cosas. La historia se nos escapa: el socialismo humanista o el humanismo socialista no ofrecen un cuadro de integración armónica, se limitan a socializar lo individual, pero no ofrecen un nuevo fundamento ontológico de la historia universal. A la desintegración del hombre corresponde el magnífico vuelo de las ciencias y disciplinas enumeradas antes: estas se erigen en técnicas de la salvación. Sabemos bien que la neurosis representa la tentativa fracasada de resolver individualmente un problema universal, pero debemos saber también que la crisis histórica y social impide y a veces hace imposible la realización de proyectos existenciales. Nuestra época parece no ofrecer a sus hombres la posibilidad de grandes creaciones que entrañen una profunda satisfacción. El deseo de eternidad del hombre alcanza así, con frecuencia, la forma de única preocupación; la procreación se convierte, de esta manera, en un objetivo en sí, en un fin. La obsesión del sexo en pleno mediodía de este siglo nos muestra que los hombres y las mujeres buscan en lo erótico el divertimento y la recreación, pero también en el dominio del erotismo se han amputado muchos puentes. Por todas partes la preocupación psicológica y médica recibe permanente alimento. Cuando vuelve a aparecer el sueño de ayer, de hoy y de mañana, el sueño de la creación artificial y biológica de la vida, la filosofía reinante no es ya la de la vida —como a fines del siglo XIX, y principios del XX, en tiempos del bergsonismo— sino la de la existencia, justamente porque la vida existente se siente en peligro.

Hemos querido señalar —y enjuiciar— un aspecto de un problema, un conjunto de convicciones y esperanzas, de temores y deseos relativos a las actividades que alimentan el "mito médico" o, si se quiere, una cierta dimensión mítica de las actividades médicas. Esta dimensión nutre la tentación del hombre de asegurarse la potencia total sobre el cuerpo y sobre el alma, suya y de los otros. Al llamarlo "mito", lo llamamos con su verdadero nombre; puesto que este mito no es mito —como, por otra parte, todo mito contemporáneo— más que a medias: es "mito". Sin embargo, como hecho real, refleja la fuerza que antes ejercían los magos y los sacerdotes expresando, igualmente a su manera, la pérdida de contacto con la trascendencia religiosa. Al calificarlo de médico, deseamos alcanzar su centro activo, del que parten o al que convergen las tentativas múltiples de curación por los medicamentos. Al restringir su terreno de acción al siglo XX inacabado, esperamos mostrar su carácter necesariamente parcial. No sabemos lo que sucederá mañana y dejamos sin respuesta la grave cuestión de las relaciones de lo mítico y lo lógico, que se entrecruzan con la cuestión de la relación de la inmanencia con la trascendencia.

Platón solicitaba que los filósofos fueran reyes en las ciudades en que los reyes eran filósofos. Quedaba claro ya que los reyes eran malos y que las ciudades no estaban bien gobernadas. Un hombre del Renacimiento, Paracelso, dijo, tomando una fórmula hipocrática: el *médico* que es *filósofo* es igual a Dios. Pero, ¿dónde se encuentra hoy el pensamiento hablado y cuál es la aventura que conducirá —en el umbral de la era planetaria— a una nueva posesión del ser en devenir de la totalidad?